

### III

—Creo en un Dios único, omnipotente, justo y misericordioso... —repetía Petronio al encontrarse de nuevo en la litera, frente á Vinicio.— Si es omnipotente este Dios dispone de la vida de los humanos, y si es justo con justicia manda la muerte. ¿Por qué, pues, Pomponia se aflige y viste luto por la de su hermana Julia? Con su tristeza ofende al Dios á quien adora... Repetiré este razonamiento á nuestro mico imperial... Si no me engaño, en punto á dialéctica puedo rivalizar con Sócrates. Por lo que respecta á las mujeres, concedo buenamente que cada una tiene tres ó cuatro almas; pero ninguna posee un alma racional. Discuta si quiere Pomponia con Séneca y Cornuto sobre la naturaleza de su Verbo, evocando las sombras de Jenófanes, Parménides, Zenón y Platón que se aburren en los Campos Cimerianos(1) como pinzones enjaulados. De cosa muy distinta les quería yo hablar. Si les hubiese explicado en aquel momento el objeto de nuestra visita nos hubieran dado una respuesta negativa. ¡Me ha faltado el valor, Vinicio!... ¿Lo creerás?... ¡Me ha faltado el valor!... Por lo demás, te felicito por la elección. Es una verdadera «Aurora de los dedos rosados»... ¿Sabes qué otra cosa me ha hecho recordar? ¡La primavera! Pero no nuestra primavera italiana con los olivos perpetuamente grises y algunos manzanos acá y acullá cubiertos de flores, sino la primavera que he tenido ocasión de ver en Helvecia, todo verdor y frescura...

Vinicio, con la cabeza baja, callaba; pero de pronto exclamó:

---

(1) Dióse el nombre de *cimerios* á los habitantes de un valle situado entre Babia y Cumas, en el cual, á causa de la elevación de los montes que lo circundan, apenas da el sol. Por extensión se llamó *cimerios* los á habitantes de todas las regiones sombrías. Ovidio dijo que el país de los *cimerios* era la morada del eterno sueño y otros poetas tomaron las palabras *campos*, *región* y aún *lagos cimerianos* en el sentido de lugar donde moraban las *sombras* ó almas de los difuntos. También llevaron el nombre de *cimerios* los habitantes de la región que hoy se denomina Crimea.

—Antes únicamente la deseaba; ahora la quiero... y será mía. No dormiré esta noche. Mandaré azotar á un esclavo y me solazaré oyendo sus quejidos.

—Sosíégate— exclamó Petronio. Tienes los instintos propios de un carpintero de la Suburra.

—Poco me importa. Te he pedido consejo y no has acertado á dármelo... Es preciso que sea mía... Aulo la trata como hija; ¿por qué me he de empeñar yo en considerarla como esclava? Que traspase los umbrales de mi casa, que unte de grasa de lobo las puertas y que se siente en mi hogar como esposa.

—¡Repito que tengas calma, iracundo vástago de los cónsules! Si traemos aquí bárbaros de las fronteras con una soga al cuello, detrás de nuestros carros de guerra, no es, ciertamente, para desposarnos con sus hijas. Ten en cuenta, además, que si te ama y quiere dejar la casa de Plaucio nadie tiene derecho de retenerla... y he notado que te profesa afecto... puedes creerlo. Ten paciencia, que todo se andará... Hoy he cavilado ya con exceso y me siento fatigado. Mañana reflexionaré sobre este asunto y, ó dejo de ser Petronio, ó hallaré alguna artimaña para dar satisfacción á tus deseos.

—Gracias— contestó Vinicio después de breve pausa.—¡Qué la Fortuna te recompense con largueza!

Poco después Petronio, poniendo la mano encima del hombro de Vinicio, dijo:

—¡Aguarda! me parece que ya he dado con el medio.

—¡Que los dioses te colmen de dones si resulta eficaz!

—Sí; me parece excelente.

—¡Habla! que soy todo oídos, Pallas-Atenea.

—Dentro de pocos días la divina Ligia saboreará en tu casa el fruto de Demetrio (1).

—¡Eres más grande que el César!— exclamó Vinicio con entusiasmo.

### IV

Petronio cumplió su palabra. Al día siguiente durmió hasta la puesta de sol; mas por la noche se hizo llevar al Palatino en donde tuvo una conversación íntima con el César. El efecto de

---

(1) El pan.

esta entrevista fué que tres días después se presentó delante de la casa de Plaucio un centurión á la cabeza de diez pretorianos. En aquellos tiempos azarosos los enviados de esta índole solían ser mensajeros de muerte, por lo que apenas el centurión hubo llamado y el *atriense* anunciado que estaban allí los soldados, cundió por la casa el terror. Toda la familia rodeó al viejo militar en la convicción de que le amenazaba algún peligro. Pomponia le echó los brazos al cuello y estrechándole contra su corazón deslizaba en sus oídos, con los labios trémulos, palabras entrecortadas por los sollozos; Ligia, pálida de emoción, le besaba las manos; el pequeñuelo, llorando, se asia á su toga; de los corredores, de las habitaciones del primer piso, destinadas á la servidumbre, del baño, de las bodegas, de todos los lados de la casa, salían grupos de esclavos y de esclavas gritando: «¡Desdichados, desdichados de nosotros!» Las mujeres sollozaban; algunas se arañaban el rostro y se cubrían la cabeza con los vestidos.

Únicamente Aulo Plaucio, acostumbrado á mirar cara á cara la muerte, se mantuvo impasible. Hubiérase dicho que su rostro aguileño y lleno de cicatrices estaba esculpido en piedra. Después de acallar el clamoreo y de haber dado orden á la servidumbre de que se dispersara, dijo:

— Pomponia, déjame; que si ha llegado mi última hora tiempo tendremos de despedirnos.

Y la apartó suavemente.

— Dios quiera que tu suerte sea también la mía — contestó Pomponia. Después dobló las rodillas y se puso á orar fervorosamente.

Aulo se dirigió al atrio, en donde le esperaba el centurión. Era éste el viejo Cayo Hasta, subordinado y camarada de Plaucio durante la campaña contra los bretones.

— Salud, capitán — exclamó. — Te traigo un saludo y un orden del César. He aquí las tablillas y el sello que me acreditan.

— Agradezco el saludo del César y cumpliré su orden — contestó Aulo. — Seas bien venido, Hasta. ¿Cuál es el mandato?

— El César ha sabido ¡oh, Aulo Plaucio! que mora en tu casa la hija del rey de los ligios, dada en rehenes á los romanos en tiempo del divino Claudio. El divino Nerón te agradece la hospitalidad que por tantos años has dado á esta niña; pero no quiere que por más tiempo pese sobre ti esta carga, y teniendo

en cuenta además que, como rehén, la ligia debe ser colocada bajo la protección del César y del Senado, te ordena que me la entregues.

Acostumbrado el viejo soldado á la más severa disciplina no habría sabido hallar una palabra de recriminación; pero la ira trazó una arruga sobre su frente, una arruga ante la cual temblaban en otro tiempo las legiones británicas y que aún dió miedo á Cayo Hasta. No obstante, Aulo Plaucio, convencido de su impotencia ante la orden del César, examinó las tablillas y el sello y, con los ojos clavados en el centurión, dijo tranquilamente:

— Espera aquí, Hasta. En seguida te será entregada la muchacha.

Y dirigiéndose al otro extremo de la sala donde Pomponia, Ligia y el niño le esperaban temblando, dijo:

— No amenazan á nadie ni la muerte ni el destierro; pero los mensajes del César son siempre nuncios de desventuras. Se trata de ti, Ligia.

— ¿De ella? ... — exclamó Pomponia.

— Sí, de Ligia — respondió Aulo.

Y volviéndose á la muchacha, agregó:

— Ligia: te has criado en nuestra casa y Pomponia y yo te queremos como si fueras hija nuestra; pero perteneces á otros. Tu pueblo te dió en rehenes á Roma; por consiguiente al César corresponde tu tutela y ahora el César te reclama.

Hablaba calmamente, pero en su voz habia algo de insólito. Ligia le escuchaba sin entenderle; Pomponia estaba muy pálida, y de los corredores surgían de nuevo los esclavos, con el espanto pintado en sus rostros.

— La voluntad del César es ley — dijo Plaucio.

— ¡Aulo! — exclamó Pomponia abrazando á la muchacha, como si quisiera defenderla. — ¡Más le valiera morir!

Ligia, con el rostro oculto en el seno de la matrona y estrechándola con toda su fuerza, no cesaba de gritar:

— ¡Madre mía! ¡Madre mía!

En la frente de Aulo se dibujó de nuevo la ira y la angustia.

— Si estuviese solo en el mundo — dijo con voz dolorida — no saldría viva de aquí y hoy mismo mis parientes podrían llevar ofrendas á Júpiter Liberator; pero no tengo el derecho de labrar tu infortunio y el de nuestro hijo, quien tal vez alcanzará tiempos mejores... Hoy mismo visitaré al César para

suplicarle que revoque la orden. Mientras tanto, Ligia, obedeció y ten confianza en mis gestiones. Bien sabes que Pomponia y yo bendecimos el día en que traspasaste los umbrales de nuestra casa...

Diciendo esto puso la mano sobre la cabeza de la joven, y si bien se esforzaba en aparecer tranquilo, cuando ésta le miró con los ojos inundados de lágrimas y cogiéndole la mano se la cubrió de besos, no pudo reprimir una exclamación de paterno dolor.

— ¡Adiós, alegría de esta casa! ¡Adiós, luz de nuestros ojos! — dijo, y se fué apresuradamente al atrio, para no dejarse vencer por una emoción que consideraba indigna de un romano y de un soldado.

Pomponia acompañó á Ligia á su aposento y trató de consolarla y de infundirle valor con palabras que resonaban de un modo extraño en una casa en que se conservaban el larario y el ara en donde Aulo Plaucio, fiel á la tradición romana, ofrecía sacrificios á los dioses domésticos.

— Ha llegado el momento de la prueba — le decía. — Virgino traspasó el pecho de su propia hija para arrancarla á las manos de Apio Claudio y Lucrecia no quiso sobrevivir al deshonor... El palacio del César es un antro de corrupción y de perversidad. Y nosotras, Ligia, aunque no tenemos el derecho de atentar contra nuestra vida por prohibirnoslo la Ley Santa que profesamos, debemos sustraernos al oprobio aun á costa del martirio. Salir puro del antro de la corrupción es mérito que premia Dios. Antro de corrupción es la tierra y, por fortuna, esta vida no es más que un instante y la muerte es la resurrección á la vida eterna en donde no impera el César sino la Misericordia Divina...

Habló después de sus propios pesares.

«Aulo no había abierto todavía los ojos á la Luz y esta persistencia en el error la atormentaba. Ni á su adorado hijo podía educar en la Verdad. Su corazón se oprimía ante el temor de que pudiera tan terrible situación prolongarse hasta el momento de tener que darle el último adiós, dejando al hijo de sus entrañas sumido en las tinieblas del error... No concebía la felicidad sin tenerle al lado. ¡Cuántas noches había pasado orando, con los ojos inundados de lágrimas, para implorar la Misericordia Divina! Confiaba en sus plegarias, sin embargo, y esperaba resignada... Ni este nuevo dolor, ni la desgracia de

ver arrancada de sus brazos á Ligia amenguaba su esperanza. Tenía fe en un poder superior al de Nerón, en la Misericordia Divina, más fuerte que todas las perversidades del monstruo...»

Y estrechó con más fuerza contra su seno la cabeza de la muchacha, la cual se dejó caer de rodillas y ocultó, muda, inmóvil, el rostro en los pliegues del vestido de Pomponia. Después se levantó sin sombra de terror en las facciones, hermosa por una serenidad inefable.

— Sufro por tener que dejaros, á ti, madre mía, á mi padre y á mi hermano; pero comprendo que la resistencia á las órdenes de Nerón sólo serviría para perderos á los tres. Mas te prometo, madre mía, no olvidar en el palacio del César tus palabras.

Otra vez se abrazaron estrechamente. Después Ligia se despidió del niño, del anciano profesor de griego, de su aya y de todos los esclavos.

Uno de éstos, un ligio colosal de miembros hercúleos, llamado Oso, que había ido á Roma entre los servidores de la madre de Ligia, se prosternó ante Pomponia diciendo:

— ¡Oh, *domina!* Te ruego que me otorgues la merced de seguir á mi ama para servirla y defenderla, si es preciso, en la casa del César.

— No eres nuestro esclavo — contestó Pomponia, — sino servidor de Ligia; pero, ¿cómo entrarás en el palacio del César; de qué medios te valdrás para velar por ella?

— No lo sé, *domina!*; pero si que entre mis manos el hierro se quiebra como madera.

Aulo Plaucio, que entró en aquel momento, lejos de oponerse al deseo de Oso, manifestó que, en su opinión, podía seguir á Ligia toda su servidumbre y en voz baja aconsejó á Pomponia que la hiciera acompañar por varias esclavas, en la seguridad de que el centurión no osaría oponerse.

Para Ligia fué esto un gran consuelo. Pomponia Grecina escogió cinco esclavas de su confianza: la vieja aya, dos cipriotas y dos germanas, todas instruidas en la nueva doctrina, de la cual era también adepto Oso. Pomponia escribió en seguida algunas palabras á Actea, liberta de Nerón, de quien se aseguraba que protegía secretamente á los cristianos, recomendándole á la muchacha. Cayo Hasta se encargó de entregarle el escrito y no opuso la menor resistencia á que Oso y las esclavas acompañaran á Ligia; admirándose, por el contrario, de que una hija de rey tuviera tan modesto séquito.

Llegó el momento solemne de la separación. De nuevo los ojos de Pomponia y de Ligia se llenaron de lágrimas y Aulo volvió á poner su mano sobre la cabeza de la muchacha. Después, los pretorianos, seguidos de los gritos del pequeñuelo, que les amenazaba con los puños cerrados, se llevaron á Ligia. El viejo militar dió orden de preparar la litera y encerrándose con Pomponia en la pinacoteca, le dijo:

— Oye, Pomponia: aunque considere inútil este paso voy á ver al César... Después me dirigiré á casa de Séneca, por más que no tiene ya ninguna influencia sobre Nerón. Los validos son ahora Sofonio, Tigelino, Petronio, Vatinio... En cuanto al Emperador, lo más probable es que en su vida haya oído nombrar á los ligios. La idea de arrebatárnosla le ha sido sugerida por alguien... Es fácil adivinar quien sea...

— ¿Petronio?...

— Precisamente.

Después de breve pausa prosiguió:

— Hé aquí las consecuencias de abrir las puertas de nuestra casa á personas sin honor y sin conciencia. ¡Maldita sea la hora en que Vinicio pasó estos umbrales! A él debemos la visita de Petronio. ¡Pobre Ligia!

Y en su voz, más sibilante que de costumbre, se advertía que le dominaba la ira.

— Hasta ahora — exclamó — he adorado á los dioses; pero ya no creo en ellos. Para mí no existe más que un dios malvado, cruel, monstruoso, que se llama Nerón.

— ¡Aulo! — contestó Pomponia, — Nerón no es más que un puñado de tierra comparado con Dios.

Plaucio media á grandes pasos el pavimento de mosaico de la pinacoteca. La historia de su vida llena estaba de grandes proezas; pero las desventuras eran nuevas para él. El viejo soldado tenía á Ligia más cariño de lo que había imaginado y no podía resignarse á la idea de perderla.

Por fin logró dominar la cólera.

— No creo que Petronio — exclamó — nos la haya arrebatado para entregarla al César; más bien hay que creer que la quiere para Vinicio. Hoy todo lo sabré.

Un momento después la litera llevaba á Aulo Plaucio al Palatino mientras Pomponia procuraba consolar á su hijo que, llorando siempre, amenazaba al déspota que le había robado á su hermana.

V

Como había presentado Aulo, Nerón no le recibió. Se le dijo en el Palatino que el César estaba ensayando con el citarista Terpnos y que no solía recibir sino á aquellos á quienes previamente concedía audiencia.

Séneca, aunque estaba con fiebre, le recibió; pero en cuanto supo de que se trataba, le dijo con amarga sonrisa:

— El mejor servicio que te puedo prestar, amigo Plaucio, es no dar jamás á entender á Nerón que tengo interés en este asunto.

Le disuadió además del propósito de dirigirse á Tigelino, á Vatinio ó á Vitelio para conseguir que le fuese devuelta Ligia.

— Tal vez con dinero conseguirías convencerles, tanto más tratándose de un negocio que les prestaría ocasión de mortificar á Petronio, á quien odian por ser el amigo predilecto de Nerón... Pero lo más probable es que se apresuren á referir al César que tienes á la muchacha profundo afecto, lo cual, sin duda, será el mayor obstáculo para recobrarla.

Tras una breve pausa continuó el viejo filósofo con amarga ironía:

— Tú, Aulo, eres hombre de carácter reservado; durante muchos años has permanecido silencioso y el César tiene poco cariño á los que callan. ¿Por qué, Aulo, no te has quedado extático ante la belleza, la virtud, el canto, la declamación, la mimica, el arte de guiar un carro y los versos de nuestro egregio poeta? ¿Cómo has podido sustraerte á la tentación de felicitarle por la muerte de Británico, de pronunciar un discurso en loor del matricida, de cantar las alabanzas del matador de Octavia? Está visto, Aulo, que te falta aquella sublime previsión tras la cual los cortesanos nos escudamos.

Dicho esto, tomó un vaso, lo llenó de agua en la fuente del *impluvio* y, humedecidos los calenturientos labios, prosiguió:

— ¡Ah! Nerón es muy agradecido. Te ama porque al servicio de Roma llevaste la gloria de su nombre á los puntos más lejanos del mundo, y me ama también á mí porque fui su preceptor en los primeros años de su vida. Por esta razón, como

ves, bebo de esta agua tranquilamente, en la seguridad de que no está envenenada. Respecto del vino, la confianza, en verdad, es menor; pero, si tienes sed bebe con avidez de esta agua. Viene de los Montes Albanos, por el acueducto, y no será emponzoñada sin emponzoñar al mismo tiempo todas las fuentes de Roma. Se puede, pues, aún vivir con cierta seguridad en el mundo y arrastrar una vejez tranquila. Estoy enfermo; pero mi alma está todavía más enferma que mi cuerpo.

Tenia razón Séneca. Le faltaba la energía de carácter que poseían, por ejemplo, Cornuto y Traseas. Su vida era un tejido de transacciones y complacencias con la perversidad imperante. Demasiado sabía que no era esta la conducta que un discípulo de Zenón Cítico debía seguir y, en verdad, sufría más por esta persuasión que por el mismo temor de la muerte.

Aulo interrumpió sus amargas reflexiones.

— Noble Anneo — le dijo; — ignoro como ha recompensado el César la solicitud con que le educaste; pero quien nos ha hecho arrebatarse a la muchacha es Petronio. Te ruego, pues, que me indiques los medios de persuadirle, las personas que podrían influir sobre su ánimo, y que emplees en convencerle toda la elocuencia que te inspirará nuestra antigua amistad.

— Petronio y yo — respondió Séneca — nos hallamos en dos campos opuestos. Medios para convencerle no sé ninguno. Nadie ejerce influencia sobre él. Es posible que sea menos corrompido que los demás malvados de que Nerón se rodea y, sin embargo, considero tiempo perdido el empleado en persuadirle de que ha realizado una mala acción, porque no tiene conciencia del bien y del mal. Si le afeas su proceder, asegurándole que es antiestético, se ruborizará. Cuando le encuentre le diré: « Tu conducta es digna de un liberto. » Si no le conmueven estas palabras, puedes dar el pleito por perdido.

— De todas maneras, muchas gracias — dijo Aulo.

Inmediatamente se hizo llevar a casa de Vinicio a quien encontró con su *lanista* (1) ejercitándose en el manejo de las armas. En cuanto estuvieron solos, no pudiendo Aulo reprimir la ira, prorrumpió en invectivas y reproches; pero Vinicio palió de tal modo al oír que Ligia había sido llevada al palacio imperial, que de la mente de Aulo desapareció toda sospecha de complicidad. El rostro se le cubrió de gotas de

(1) Maestro de esgrima.

sudor; fulguraban sus ojos, sus labios proferían palabras incoherentes; los celos y la rabia levantaron una tempestad en su alma. Imaginó que, llevada Ligia a la casa de Nerón, la había perdido para siempre, y al oír el nombre de Petronio sospechó que éste había hecho realizar el rapto para congraciarse más con el César. La ira le trastornó de tal manera que parecía un caballo sin freno.

— ¡Aulo! — le dijo con voz entrecortada. — Vuelve a tu casa y espérame. Te juro que si Petronio fuese mi padre, en él vengaría el ultraje hecho a Ligia. Vete y espérame.

Y se fué inmediatamente a casa de Petronio.

Marchó Aulo fortalecido por un átomo de esperanza, pensando que si Petronio había hecho robar a la muchacha para entregársela a Vinicio, éste tal vez la restituiría, y que, en caso contrario, la muerte la sustraería a la deshonra.

No ignoraba cuán violentas eran las pasiones en la estirpe de Vinicio y hasta que punto podía uno fiarse de sus juramentos. En verdad, le consolaba la idea de una venganza que evitase la deshonra de Ligia, y tal vez por sus propias manos le hubiese quitado la vida a no temer por su inocente vástago, con cuya muerte se hubiera extinguido su linaje. Aulo era simplemente un soldado, no un estoico; pero en los principios no difería mucho de éstos y el orgullo le hacía creer preferible la muerte a la deshonra.

Ya en su casa, consoló a Pomponia haciéndola participe de sus esperanzas. Durante dos horas estuvieron aguardando con ansiedad. Por fin llamaron a la puerta. Poco después entró un esclavo y entregó a Aulo una carta.

La carta decía de esta manera:

« Marco Vinicio a Aulo Plaucio: Salud. Cuanto ha ocurrido es obra del César y todos debemos acatar su voluntad. »

## VI

Petronio se hallaba en la biblioteca escribiendo, cuando, como un torbellino, entró Vinicio, a quien el portero había dejado pasar sin dificultad. El joven tribuno arrebató de manos de Petronio el estilo, lo rompió y lo arrojó al suelo con furia.

En seguida, poniéndole las manos en los hombros y hundiéndole los dedos en la carne, gritó, con voz estentórea, mirándole cara á cara:

— ¿Qué has hecho de Ligia; dónde está?

El afeminado y elegante Petronio, sin inmutarse, cogió las manos del joven atleta y estrechándose las con una sola de las suyas, como si fuera una tenaza, le dijo:

— Solamente por la mañana me siento desfallecido. Por la tarde recobro las fuerzas. Trata de desasirte. Cualquiera diría que te ha enseñado gimnasia un tejedor y modales un herrero.

Habló naturalmente, sin sombra de ira, con sólo un chispazo de energía y de valor brillándole en los ojos. Abrió poco después la mano, dejando libres las de Vinicio, quien quedó humillado, confuso y frenético.

— Tienes las manos de acero — dijo después de un momento de silencio el joven. — Mas te juro por todos los dioses infernales que si me has hecho traición te hundiré un puñal en la garganta, si es preciso en las mismas habitaciones del César.

— Hablemos tranquilamente — respondió Petronio. — El acero, como ves, es más fuerte que el hierro, y no te temo; si bien, en honor de la verdad, mis dos manos no tienen el volumen de una de las tuyas. Lo que me disgusta es tu grosería, y si la ingratitude humana pudiese asombrarme, me asombraría de la que me demuestras.

— ¿Dónde está Ligia?

— En el palacio de Nerón.

— ¡Petronio!

— Toma asiento y sosiégate. Dos cosas he pedido al César y me las ha concedido: la primera, permiso para sacar á Ligia de la casa de Aulo; la segunda, que me la cediese... ¡Qué! ¿No llevas un cuchillo entre los pliegues de la toga; no quieres inmediatamente inmolarme? Te aconsejo, sin embargo, que aplaces el sacrificio algunos días porque te pondrían á buen recaudo, y mientras tanto Ligia se fastidiaría, sola, en tu casa. Hubo un momento de silencio. Vinicio clavó los ojos en el rostro de Petronio:

— ¡Perdóname! — le dijo — La amo y el amor me perturba la razón...

— Debes estarme muy agradecido, Marco. Anteayer, hablando con *Barbarroja*, le dije: « Mi sobrino Vinicio, está tan

enamorado de una niña delgaducha que tienen los Aulo, que su casa, á consecuencia de las lágrimas, está convertida en un baño. Tú, César, que como yo amas la verdadera belleza, no darías por ella mil sextercios; pero ese muchacho, que ha sido siempre tonto, se ha convertido ahora en un imbécil... »

— ¡Petronio!

— Si no aciertas á comprender que hablaba de esta manera para preservar á Ligia de todo peligro, creeré que dije la verdad. Decía, pues, que no me fué difícil convencer á *Barbarroja* de que un artista como él no podía en modo alguno considerar como una belleza á la muchacha. Bien sabes tú que Nerón no se atreve á mirar sino por mis propios ojos. No tienes nada que temer ya de aquél mico. En cambio Popea procurará echar de palacio lo más pronto posible á Ligia... Induje después al Emperador á apoderarse de la muchacha para cedértela y consintió gustosamente en ello, porque de esta manera tenía pretexto para mortificar á gentes honradas. Es posible que te nombren tutor legal de Ligia y que, por consiguiente, puedas custodiar el estimado tesoro. *Barbarroja*, para no llamar la atención, la tendrá algunos días en su palacio y la enviará luego á tu *insula*...

— ¿Es cierto cuanto me dices; y no corre ningún riesgo en el palacio del César?

— Si hubiese de permanecer allí mucho tiempo no te diría que no, porque, de seguro, Popea haría sigilosamente algún encargo á Locusta, la hábil confeccionadora de bebidas salu-tíferas... Pero tratándose de pocos días, nada has de temer. Hay diez mil personas en el palacio imperial y puede que el César ni siquiera la vea. Además, un centurión ha venido á decirme que ha sido entregada ya á Actea, de conformidad con mis instrucciones. ¡Qué bondadosa mujer es Actea! Pomponia Grecina debe de ser de la misma opinión porque le ha escrito una carta recomendándole á la muchacha. Mañana hay banquete en el palacio de Nerón y te he hecho guardar un puesto cerca del de Ligia.

— ¡Perdóname, Cayo; perdona mi exaltación! — dijo Vinicio. — Pensaba que la habías robado para el César.

— Te perdono la iracundia; pero en modo alguno puedo dispensarte esos ademanes vulgares, esos gritos salvajes, esa voz ronca propia de un jugador de morra.

Y diciendo esto, fijaba en los ojos de Vinicio sus pupilas de color avellanado con una expresión fría é insolente que turbó todavía más al joven militar.

— Soy culpable; lo confieso — dijo Vinicio. — En cambio tú eres noble y generoso y te agradezco profundamente cuanto has hecho por mí. Permíteme, sin embargo, otra pregunta: ¿Por qué no mandaste á Ligia directamente á mi casa?

— Porque el César quiere cubrir las apariencias... El hecho dará qué hablar en Roma, y puesto que hemos exigido la entrega de Ligia so pretexto de haber sido dada en rehenes, conviene que permanezca en el Palatino hasta que nadie se acuerde del suceso. *Barbarroja* es un cobarde. Sabe que su poder es ilimitado y no obstante busca siempre excusas á sus actos. ¿Te has repuesto ya lo suficiente para poder filosofar un poco? Me he preguntado muchas veces por qué siendo omnipotente, como el César, y estando seguro de la impunidad, el crimen se esfuerza en cubrirse con la máscara del derecho, de la justicia y de la virtud... Para mí el asesinato de una madre y el de una esposa son actos dignos de un rey-zuelo del Asia, no de un emperador romano; pero si yo, por acaso, llegara á cometerlos, no escribiría cartas al Senado para justificarme... y Nerón lo ha hecho. Nerón se disculpa porque es pusilánime. Sin embargo, Tiberio, que no lo era, trataba también de justificar sus crímenes. ¿Cómo se explica este enigma?... ¿Por qué este homenaje del crimen á la virtud? En mi concepto porque el crimen es feo y la virtud bella. Por esta razón el verdadero artista es un ser virtuoso. Luego, yo soy un hombre virtuoso. Siento deseos de hacer una ligera libación en honor de Protágoras, Pródigo y Gorgias. Está visto que hasta los sofistas sirven de algo... Prosigo: he arrebatado la ligia á los Aulo para entregártela. Lissipo haría de los dos un grupo admirable. Entrambos sois hermosos; mi resolución también lo es, y siendo hermosa, claro es que no puede ser vituperable. Observa, Marco: la personificación de la virtud está en tu presencia: es Petronio. Si Aristides estuviese aun en el mundo de los vivos, me ofrecería cien minas como recompensa por el curso abreviado de filosofía de la virtud que acabo de darte.

Vinicio, á quien, ciertamente, interesaba más lo práctico y real que las teorías filosóficas, se limitó á contestar:

— Mañana veré á Ligia, y después la tendré en mi casa hasta la muerte.

— Tú tendrás á Ligia y yo tendré al viejo Aulo sobre las espaldas, enviándome continuamente á todos los dioses infernales. ¡Si al menos tomara una lección previa de buena crianza!... Pero es seguro que chillará y gritará como hacía con mis clientes un antiguo portero, á quien, por esta causa, mandé á uno de los ergástulos del campo.

— Ha estado en mi casa y le he prometido darle noticias de Ligia.

— Escríbele que la divina voluntad del César es suprema ley y que á tu primer hijo le pondrás el nombre de Aulo; conviene dar al pobre viejo algún consuelo. Estoy por hacerle invitar al banquete de mañana. Tendría al menos la satisfacción de verte en el *triclinio* al lado de Ligia.

— No lo hagas — dijo Vinicio. — Me dan lástima; especialmente Pomponia.

Y se sentó, y escribió la carta que había de desvanecer toda esperanza en el corazón de Aulo y en el de su esposa.

## VII

Los hombres más ilustres de Roma habían prestado acatamiento al poder de la liberta Actea mientras fué dueña del corazón del César; pero lo cierto es que jamás se inmiscuyó en los negocios de Estado é hizo siempre el bien posible, congraciándose así con todos sin captarse la enemistad de nadie. Caída en desgracia, pasaba casi inadvertida á los ojos de los cortesanos. Sabían que continuaba amando á Nerón sin esperanza de correspondencia y sin más consuelo que el recuerdo de que también la amó cuando era más joven y menos perverso. Ni á la misma Popea infundía celos ni temores.

De vez en cuando era convidada á los banquetes, en los cuales tomaba asiento en sitio preferente, lo cual no ofrecía ninguna novedad, pues que en tiempo de Claudio eran muchos los libertos que se sentaban á la mesa imperial al lado de los patricios más encumbrados.

Nerón, por otra parte, no era muy escrupuloso en la elección de sus comensales y daba la preferencia á los senadores que le divertían con sus payasadas, á los patricios estragados por